

EL LIBRO EN BLANCO

1962, Walcark, Alemania. La ciudad se despierta, como de costumbre, con el alba y sus habitantes se preparan para trabajar. Walcark es una ciudad no solo inundada por la pobreza, sino también por la vacuidad frustrante de lo cotidiano, por una rutina que se repite en un ciclo infinito de días. Esta rutina consiste en el trabajo en la mina por la mañana y en el agotamiento por las noches al pensar en las incontables jornadas hasta obtener un pequeño descanso.

Esta, es la situación de la familia Schwarz, integrada por Erich y su querida hija Agatha. La madre de la niña murió en el parto y, aunque han pasado 11 años, Erich nunca ha superado la tragedia, lo que ha dificultado aún más su supervivencia dentro de una ciudad que parecía no ponerles más que obstáculos. Aun así, Erich se ha esforzado por prestar la mejor vida posible a Agatha, con planes para ofrecerle, y ofrecerse a sí mismo, un mejor futuro.

Un martes más, dentro de aquella rutina, Agatha bajó a por el pan que siempre debía haber en la mesa cuando su padre regresara de la mina. Sin embargo, aquel martes, por primera vez desde que Agatha tenía uso de razón, se salió del patrón del que todos eran esclavos.

Aquella tarde lluviosa, Agatha encontró a un hombre, anciano y consumido, en el banco frente a la panadería. No solo le extrañó que se hallara allí con el mal tiempo que venía haciendo aquellos meses, sino que, al acercarse, se conmovió al descubrir que se encontraba leyendo un libro. Inundada por la curiosidad de los niños de 11 años, fue a preguntarle, de manera un poco grotesca, cómo es que se encontraba allí.

- Señor, ¿cómo es que está aquí sentado con este temporal?

- Buenas tardes, niña. No hay nada como la lluvia para recordarnos nuestro lugar en la Tierra y que no somos más que seres sometidos a la naturaleza.

Extrañada y sin haber entendido nada de la contestación del anciano, Agatha regresó a casa. No era consciente de que este sería el comienzo de una gran amistad y una serie de lecciones que la marcarían para siempre.

Al día siguiente, Agatha no hacía más que pensar en la conversación con aquel hombre y, al ir como de costumbre a por el pan, se encontró con la grata sorpresa de que el anciano estaba de nuevo en el banco.

Dispuesta esta vez a obtener más información le preguntó:

- ¿Cómo te llamas?

- Gustav - Contestó tajantemente el anciano, para seguidamente continuar con su lectura.

- ¿Y qué es lo que lees?

- Un libro.

Consciente de las escasas respuestas del anciano y preocupada por la hora, Agatha entró en la panadería. Al salir, se giró hacia el anciano para gritarle que volvería.

Gustav. Gustav. Gustav. Así repetía Agatha en su mente el nombre del anciano que tanto le intrigaba. No obstante, a pesar de verle diariamente en el banco, pasaron los días sin que encontrase la confianza, insensatez según otros, para volver a entablar conversación con él.

Erich llegaba a casa a última hora de la tarde, como de costumbre y, pese a su habitual cansancio, comenzó a percatarse de que a su hija le pasaba algo fuera de lo normal. Aunque le

preguntó insistentemente, Agatha lo negó y así lo creyó Erich, pues en Walcark los días siempre transcurrían con total normalidad.

Al cabo de cinco días, Agatha se armó de valentía y se acercó a Gustav.

- ¡Gustav! - Gritó Agatha al salir de la panadería.

- ¿Otra vez tú por aquí? ¿No te das por vencida, verdad? - Contestó Gustav, sorprendido ante la osadía de la niña.

- El otro día me dijiste que te llamabas Gustav, pero yo no te dije mi nombre.

- Tal vez sea que no te lo pregunté.

- ¡Me llamo Agatha! ¿Sabes que significa bondadosa? ¿Qué significa Gustav?

Agatha, como todo niño de 11 años, no era consciente de que aquel anciano quería leer su libro sin que nadie le molestase, así que, a Gustav no le quedó más remedio que empezar a contestar a sus preguntas.

- Tiene un significado un tanto extraño. Significa aquel que sostiene a los gautas, aunque me temo que no vas a saber que es un gauta.

- Siempre estás leyendo un libro. Yo no suelo leer libros, en casa tenemos muy pocos. ¿Sabes que mi padre no sabe leer? En la mina muy poca gente sabe leer, pero yo sí sé. ¿A ti quién te enseñó a leer? ¿Me dejas ver ese libro?

Cualquier persona se sentiría bombardeada con tantas preguntas, pero a Gustav le hacía gracia el ímpetu que tenía Agatha. Consideraba que era necesario, especialmente en aquella ciudad, que la gente viviese con tanta energía.

- Claro - Dijo Gustav rebuscando en el maletín que llevaba.

En cuanto lo encontró se lo dio a Agatha y ella se quedó estupefacta al ver el interior del libro.

- ¡Pero si está vacío, está absolutamente en blanco! - Gritó Agatha al borde de un ataque de nervios.

- Claro que no - Contestó Gustav manteniendo la calma - Es un libro completo, con diecisiete historias que esta ciudad necesita escuchar. Simplemente tienes que mirarlo de otra manera, y serás capaz de leer cada letra, cada palabra, y cada página.

Agatha se encontraba atónita, incluso aturdida, después de haber escuchado aquellas palabras del anciano. Llevaba toda la semana imaginando cuentos y leyendas acerca del libro que leía Gustav bajo la lluvia, y la realidad había defraudado sus expectativas, como un hielo bajando lento pero ininterrumpidamente por su espalda.

- Será mejor que vuelva ya a mi casa, no sea que se haga tarde, llegue mi padre de la mina y no me encuentre allí. Hasta otro día, Gustav.

- Espero volver a verte, Agatha.

Una vez más, Walcark no había defraudado en hacer añicos los sueños de los niños, que, entusiasmados, llegaban a creer que dentro de aquella lúgubre ciudad era posible una vida feliz, y no rodeada del polvo y las manchas del lignito.

Pasaron los días y cualquier adulto, acostumbrado ya al fracaso y la crudeza de la realidad, hubiese olvidado y seguido con sus abundantes quehaceres. Sin embargo, los niños nunca pierden esa ilusión por la magia, y es que sus ganas de creer son muchas veces más importantes que las demostraciones empíricas. Agatha se negaba a dejar ir la única cosa que le

había otorgado algo de emoción a sus días y, aunque en su mente acusaba de loco a Gustav, había algo en ella que le impedía desprenderse de esa curiosidad. Puede ser que se tratase de la necesidad de creer la verdad de Gustav para escapar de su realidad, o simplemente la ingenuidad propia de los niños.

Había pasado ya una semana desde que Agatha tuvo su última conversación con Gustav cuando decidió finalmente ir a pedirle más explicaciones.

- Buenas tardes, Gustav.

- ¿Ya te has recuperado del susto? Pensaba que no volverías a venir a verme al banco.

- He estado pensando y he llegado a la conclusión de que no pasa nada si yo no puedo leer el libro. Es decir, ¿de qué me sirve leerlo si me lo puedes leer tú? - Dijo Agatha entre risas.

- Así que veo que todo este tiempo has ideado una estrategia para someterme los últimos años de mi vida a un trabajo de cuentacuentos. Muy ingenioso por tu parte.

- Dijiste que esas historias del libro debían ser escuchadas por toda la ciudad y, puesto que yo no las puedo leer, es necesario que me las leas, pues si no, no serían escuchadas por toda la ciudad, ya que yo soy parte de la ciudad y si...

- Te entiendo, te entiendo. - Le contestó Gustav dándose por vencido. - Cada semana, te leeré una historia, pero como ya he dicho, no son historias normales, son lecciones. Y no basta con leerlas, sino que hay que interiorizar su mensaje.

- ¡Fenomenal! - Gritó Agatha entusiasmada. - Podemos empezar ahora mismo.

Así fue como Gustav comenzó a leerle la primera historia a Agatha.

La primera historia era sobre un joven que en su pequeña ciudad trató de acabar con la pobreza. Gustav leía la historia con naturalidad, como si de verdad pudiese ver las letras, palabras, puntos y comas que le daban forma.

- ¡Me ha encantado! - Exclamó Agatha al terminar Gustav su lectura. - ¡Ahora me puedes leer la segunda historia!

- Agatha, ya te he dicho que no se tratan de historias, sino de lecciones, por lo que ahora tenemos que aprender del protagonista que intentó acabar con la pobreza.

De este modo, Gustav y Agatha fueron, primero por su barrio y luego por otras zonas de Walcark, conociendo y tratando de ayudar a los desfavorecidos. Agatha comenzaba a aprender la realidad del mundo, y la escasa solidaridad y espíritu de compartir que abundaba en su pequeña ciudad.

Tras una semana poniendo en práctica aquella primera historia, Gustav le leyó a Agatha el segundo relato, que trataba sobre una anciana señora que repartía comida para evitar que las personas de su vecindario pasasen hambre. Así, durante aquella semana, Agatha y Gustav repartieron bocadillos en aquellas casas donde el sueldo de la mina no era suficiente como para alimentar a una familia entera.

Los días pasaban y cada semana Gustav le leía una nueva historia a Agatha. El tercer relato era sobre la salud, y el cuarto sobre la educación. De esta forma, en casi medio año, Gustav leyó a Agatha el libro casi entero, las historias con sus lecciones. Agatha había aprendido de aquel libro en blanco mucho más de lo que podría haber aprendido en la escuela, y de este modo consiguió ayudar a incontables personas.

Mientras tanto, Erich, cuya jornada laboral de diez horas consumía toda su energía, no era consciente de que su hija desaparecía una o dos veces por semana para escuchar las historias

del libro en blanco de la boca de Gustav. Erich llevaba ya ahorrando varios años para poder escapar de Walcark y, por fin, se había hecho con una cantidad que les permitiría empezar una nueva vida en otra ciudad. No obstante, temía cómo reaccionaría Agatha a aquella decisión.

A los cuatro meses de su primer encuentro, Gustav acababa de terminar la decimosexta historia, quedando solo una historia más para terminar el libro en blanco. Sin embargo, al llegar Agatha a casa, su padre, Erich, estaba en el salón esperándola.

- Agatha, cariño, tengo que hablar contigo.

- Claro - Dijo Agatha inconsciente de la magnitud de lo que iba a decirle su padre.

- Sabes que mi deseo siempre ha sido ofrecerte la mejor vida posible y que esa vida nunca va a poder estar aquí en Walcark. Hija, llevo ahorrando muchos años con el fin de mudarnos a una ciudad llena de oportunidades y lejos de las minas. Por fin he conseguido suficiente dinero como para marcharnos de Walcark y empezar desde cero.

- ¡Pero no nos podemos ir ahora de Walcark! Aún queda mucho trabajo por hacer aquí.

- Contestó Agatha entre lágrimas.

- Hija, la decisión está tomada. Tenemos billetes de tren para dentro de tres días. Aprovecha este tiempo para despedirte de todos tus amigos.

Agatha, sin entender nada, se fue a su cuarto para desahogarse. Al día siguiente, después del colegio, fue al banco donde solía estar Gustav para contarle que solo le quedaban tres días más en Walcark.

- ¡Gustav! ¡Gustav! - Exclamó Agatha mientras llegaba al banco.

- ¿Qué pasa pequeña?

- Mi padre ha decidido mudarnos a otra ciudad. Solo me quedan tres días en Walcark y aún me tienes que leer la última historia del libro. ¡Y no nos va a dar tiempo a ponerla en práctica antes de que me vaya!

- No te preocupes, Agatha. Estoy seguro de que serás muy feliz donde quiera que os mudéis, siempre que estés acompañada de tu padre. Además, la lección del último relato te servirá en tu nueva ciudad.

Dicho esto, Gustav procedió a leerle la última historia a Agatha, la decimoséptima lección. Era la historia de un comerciante que viajaba por todo el mundo. Sin embargo, no comerciaba con bienes físicos, sino que comerciaba con diecisiete historias para promover acciones a favor de las personas, el planeta y la prosperidad. De este modo, consiguió formar alianzas por todo el mundo y concienciar a toda clase de personas, incluso a una niña de 11 años con un gran futuro por delante.

10 AÑOS MÁS TARDE

En una casa adosada de una ciudad alemana viven Erich y su hija universitaria Agatha. Un día, llegó a su casa un paquete procedente de Walcark a nombre de Agatha Schwarz. Dentro había un libro y una carta, en la que el sobrino de Gustav Diekmann le explicaba que el anciano había fallecido hacía tres meses y en su testamento le había dejado aquel bien. Cuando Agatha miró el libro más de cerca, cayó en la cuenta de que aquel era el libro que su viejo amigo le solía leer con 11 años.

- Agatha, ¿qué es eso? – Le preguntó Erich a su hija.

- Un libro. - Contestó ella sin darle importancia.

- ¿Puedo verlo cariño? - Sin embargo, al mirarlo, Erich quedó estupefacto - ¡Pero si está en blanco!

Agatha cogió el libro en blanco y lo miró recordando aquellas historias que le leía Gustav. No obstante, al abrirlo, se encontró con unas páginas llenas de letras, palabras y oraciones. Agatha era capaz de leer cada uno de los diecisiete relatos del libro. Fue entonces cuando comprendió que aquellas lecciones no se podían leer como quién lee unas normas cualesquiera, sino como historias que ya se encuentran dentro de cada persona. Esas historias no necesitaban estar recogidas físicamente en las páginas de un libro, bastaba con ser humanos para poder leerlas, eran parte de la naturaleza humana. La humanidad entera como hermanos busca la igualdad, la solidaridad y la justicia, aunque a veces a las personas les cueste encontrar estos valores en lo más profundo de su corazón.

- Papá, simplemente tienes que mirarlo de otra manera - Dijo Agatha recordando las palabras de Gustav. Entonces, comenzó a leerle la primera de las historias.